

A tal tío...

Unos escritores hacen mérito de los elogios que les dedican; otros escritores hacen méritos de las censuras que reciben. Pertenezco á esta categoría. Ya he dicho que en punto á odios soy egoísta. Son mi mortaja. Sin ellos sentiría frío el corazón. Embotello, pues, el odio ajeno para que fermente como la miel de caña que se tiene largo tiempo en un recipiente cerrado.

Debo declarar, sin embargo, que me sorprenden ciertos ataques ahora que vivo en París, dándomelas de proscrito á lo Ruiz Zorrilla. Parece un poco impío que se venga á amargar el cocido—ó *pot-au-feu*, que decimos los franceses—de la emigración.

Y eso es lo que quiso hacer conmigo un señor Redonet, que no sé quién es, y acaso no lo sepa él mismo, disparándome un capítulo de un folleto.

He dicho que no sabía quién fuese Redonet, y ahora caigo en que es el sobrino de su tío. Porque el capítulo de autos se titula así:

LUIS BONAFOUX

(A mi querido tío Joaquín L. Dóriga.)

No se sabe á punto fijo si Redonet dedica el capítulo á su señor tío, ó si me dedica á mí mismo, como si fuera yo un objeto de arte.

Lo que se sabe es que siendo alcalde el D. Joaquín, tuvo la ocurrencia de decomisar de las librerías de Santander, y recoger en el carro del Ayuntamiento, según dijo la prensa de aquella ciudad, «las obras de Zola, Daudet, Bourget, Pérez Galdós, Pepe Estrañi, Naken y Bonafoux».

Protestó la prensa de Madrid; pero «con la corrección que le caracteriza»; y yo creo recordar que llamé burro á D. Joaquín.

Como ha dicho Wolff, dos imbéciles se entienden siempre; don Joaquín se entendió con D. Redonet. Antes teníamos tío. Ahora tenemos tío y sobrino.

Lo más chusco del caso es que dicho señor está furioso conmigo, porque, según he sabido por él, me han elogiado algunos críticos.

Y dice:

«No faltan críticos, como *Fray Candil* y *Ahrimán*, que consideran á Bonafoux como un gran escritor, y como «uno de nuestros espíritus fuertes que se ocupan en dar la batalla á lo falso, sentando las bases de una literatura sana y robusta, sin sombra de farsa ni trapacerías»; pero las alabanzas de estos críticos son precisamente un argumento más en favor de la mala fe de Bonafoux. Es éste, además, según asegura *Ahrimán*, «un humorista á su modo, modo original y típico».

Con este motivo, el Sr. de Redonet, en vez de emprenderla con los Sres. Bobadilla y Martínez Ruiz, la emprende conmigo; como si fuese mía la culpa de que dichos críticos me hayan elogiado.

Tales son los cargos que me dirige el sobrino de su tío, puesto que no me ha leído, según dice:

«No he leído ninguna de las obras ó tomos publicados por este *insigne literato*, ni siquiera *El Avispero* (que según *Ahrimán* vale más que cualquiera de las novelas de Alarcón), porque no tengo el dinero para comprar semejantes libros.»

¿Qué quiere Redonet? ¿Qué le regale mis libros para que los tire al carro del Ayuntamiento, ó para que los venda y se haga con unas pesetas para pitillos? Eso sería demasiado. Pídaselas á su tío, y su tío se las dará, aunque sólo sea por el palizón que le dedico.

A pesar de no haber leído mis libros, parecen «repugnantes» á este crítico beatífico, «porque son contrarios á Dios y á la Humanidad», porque me burlé «de la Encíclica del Pontífice recomendando se rece el rosario, una obra magna, una sublime síntesis de la doctrina católica, una solución perfectamente realizable del problema obrero». Para el Sr. Redonet las cuentas del rosario son algo así como albondiguillas. En cuanto el obrero reza un rosario, ya tiene resuelto el problema de comer. Es probado.

También le parezco «repugnante», porque Bonafoux se permite llamar bestia resignada á uno de los pueblos más poderosos que existen (Rusia), y concluye con la blasfemia de decir que elevan oraciones á un Dios que jamás les hizo caso, como queriendo dar á entender que otra cosa es imposible. Y para dar mayor fuerza á la blasfemia, le llama *buen Dios* con ironía que hiela el corazón.

¿Cómo que lo escribí en invierno! Pero ¿cómo quería usted que yo llamase á Dios? ¿mal Dios? ¿Rediés?

El Sr. Redonet cree que Dios me pedirá estrecha cuenta de mis blasfemias. Creo lo mismo. Pero que si voy por blasfemo al infierno, Redonet no estará muy lejos por idiota.

El sobrino de su tío termina dirigiéndose al lector:

«Si al coger entre las manos este tomito, has pensado ver en él algo bueno, desde luego te ruego que lo dejes otra vez sobre la mesa, ó sobre donde quieras, con tal que no le emplees en algo *poco decente* y no muy honroso para mí.»

¿Qué delicada alusión al *water closset*! Creo que Redonet deba anticiparse al lector, y echar el folleto en tal sitio. Luego... echar á D. Joaquín, y, por último, echarse él mismo de cabeza. Aunque quizás debió empezar por lo último antes de escribir el folleto, que no tiene por donde cogerlo; y si el lector lo dedicara á ese algo *poco decente* que teme Redonet, se expondría á un sarpullido por contacto de malas letras, aunque quedándole el consuelo de ponerse aquello á la misma altura intelectual de la cabeza de Redonet.

Frases del «Tenorio», por CILLA



—Por donde quiera que fui, la razón atropellé...



—¡Cual gritan esos malditos!



—Ni reconocí sagrado...



—Yo á los palacios subí, yo á las cabañas bajé...



—Siempre vivió con grandeza, quien hecho á grandeza está.



—¡Ah, qué filtro envenenado me das en este papel!...

LUIS BONAFOUX

Filarmonia, por LEAL DA CAMARA

París al vuelo.



—Manolo, vengo por tí; vas á tocar la guitarra.
—Pues, chico, vienes muy mal, porque yo no sé tocarla.
—¿Que no sabes, siendo músico? Pues ¿qué tocas? —Ahora, nada.

Empeñóse mi mujer, ¡! cuando era joven y guapa, en que yo tocase el corno y ¡harto me pesa en el alma! que hoy toco las consecuencias por culpa de la Torcuata.

¡No se me olvida!

I
El día primero, que es día de llantos, y van muchas gentes á los Camposantos, yo por imitarlas en sus actos serios, fui á dar una vuelta por los cementerios.
Al entrar en uno cuyos panteones ostentaban ramos, cruces y blandones, entró al mismo tiempo una dama hermosa de andar menudito, pálida y llorosa, y ante un mausoleo de los más bonitos donde había un ángel y ocho farolitos y varias coronas y un gorro de punto y hasta las babuchas que gastó el difunto, se paró la dama, se postró de hincos y empezó á echar caños de agua por los ojos. Daba solo el verla ganas de llorar.
¡Cuántos lagrimones! ¡cuánto suspirar! Todo por el muerto que á sus pies yacía y que fué su esposo cuando se movía.
«¡Carlos! —exclamaba— ¡hombre inolvidable! ¡mira en mi la viuda más inconsolable! ¡Casi hace dos meses, pronto los va á hacer, que tú me dejaste viuda sin querer,

y no me es posible ser jamás dichosa desde que te tengo dentro de la fosa. ¡Conque, adiós, esposo, que se acaba el día. ¡Adiós! ¡ahí te quedas en la tumba fría!»
Y tras un suspiro que me conmovió, aquel bulto negro desapareció.

II
Todo el santo día me estuve acordando de la pobre viuda que encontré llorando; mas llegó la noche y me dió la gana de irme de paseo por la Castellana, y allí vi á mi amigo don Julián Cervera (hombre no muy joven pero calavera); con un bulto negro de andar menudito y si bien el verles me importaba un pito, ví que iban muy juntos y según noté muy bajito hablaban sabe Dios de qué.

Y ahora, lector mio, le voy á contar la sorpresa grande que hube de llevar. ¿Usted no se puede figurar quién era aquel bulto negro que iba con Cervera? Pues era su primo don José Moral, que es beneficiado de la Catedral.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

En mi *quartier* no hay decadentistas; como quien dice, en mi barrio no hay perros.

El decadentismo murió, menos en París, salvo alguno que otro poeta melencólico que anda por esas revistas de colores, que nadie lee, rimando psicologías sibilinas. En algunas repúblicas de la América del Sur—y á mí que no me cuenten, por que venço de recorrerlas á mulo limpio, no todas, algunas—el decadentismo está que arde. ¡Qué poetas, qué prosistas! Ya no versifican sino en prosa (las bromas, ó pesadas ó no dadas); en versos que se pierden en la lejanía, de treinta y cuarenta sílabas. ¡Cuántas discusiones tuve por allí con motivo de Mallarmé y de Verlaine! A Mallarmé no le entiende nadie—decía yo:—Verlaine tiene cosas buenas, hondas y tristes, pero su obra, en conjunto, es un galimatías de degenerado.—No diga usted eso.—Y sin darse cuenta de que yo iba de París, de llevar una vida intelectual, no de boulevard y de café-concierto, me tildaba de no ser lo bastante *refinado* y puede que de obtuso. Comprender, lo comprendo todo, hasta las cosas que escribe Miguel de Unamuno, una especie de Nietzsche vascongado. Siempre que leo á Unamuno, me digo: «Así hablaba Zarathousta» ó Zoroastro.

—Vea usted—decía yo á mi contradictor—Anatole France, cuya perspicacia no me negará usted, tampoco entiende este modernismo nebuloso *pour épater le bourgeois*.

En uno de los tomos de su *Vida literaria* cuidado si se ríe de esos funámbulos que á mí me hacen el efecto de ciegos gesticulando en un cuarto obscuro. Del mismo Bertillon, el antropométrico, se burló todo el mundo en Rennes, porque quiso probar *simbólicamente* la culpabilidad de Dreyfus. Bertillon, en la ciencia criptográfica, ó en el arte, si ustedes quieren, venía á ser lo que Mallarmé en la poesía. Muy sabio; pero ni él mismo se entiende. *Sugerir* ideas y emociones no es lo mismo que expresarlas. Si

al pintar un perro sugiero la idea de... una alcachofa, pues claro está que no he pintado un perro. Estos poetas simbolistas anuncian un crepúsculo y luego resulta que no hay tal crepúsculo, sino un gabán ó un par de zapatos. Yo creía hasta ahora que las palabras servían para *sustituir* el objeto; pero estos simbolistas pretenden que la dicción, el vocablo, no sirven sino para despertar *reflejos*, como dicen los psicólogos.

Mi amigo no daba su simbolismo á torcer.

Me recitaba versos de Mallarmé, de Verlaine, en voz alta y después añadía:—¿Quiere usted nada más sugestivo que eso?—Puede que Max Nordau tenga razón en cuanto dice, en su *Degeneración*, de los admiradores de la flamante escuela.

Jules Lemaitre les llama *fumistes*; Jules Bois les compara con salvajes hojeando una gramática inglesa y un léxico de arcaicas voces olvidadas. Brunetière no les trata con más blandura. En suma: no hay en Francia un solo escritor de talento que no se burla de esos *tartamudos* enamorados de lo irracional, de lo enrevesado, de lo crepuscular y artificioso.

No soy académico, ni gana; detesto las *ideas hechas*, lo vulgar, lo prosaico; pero no comulgo con esas estéticas absurdas que si prevaleciesen, darían en breve al traste con la literatura de todos los tiempos. Cada día soy más partidario de lo natural y espontáneo, y sin perjuicio de admirar las complicaciones psicológicas del arte moderno, del exquisito, del de Gabriel d'Annunzio y Huysmans, por ejemplo.

Nada más fácil que imitar á Góngora; nada más difícil que remedar la sencillez clásica de Valera.

Los literatos que yo conozco en París no son decadentistas ni simbolistas; lejos de eso, miran con lástima al extranjero que se queda *bouche béante* ante esos locos melencólicos que suelen oler mal.

C réanme ustedes; los decadentistas no se bañan.

FRAY CANDIL



Una Sociedad de baile, que ha instalado sus salones en la Plaza de la Cebada, núm. 13, se ha bautizado, honrándonos mucho, con el nombre de este semanario.

Excusamos manifestar nuestro agradecimiento á ese montón de jóvenes de buen humor.

MADRID CÓMICO, periódico, y *Madrid Cómic*, Sociedad de baile, han conocido á fondo á D. Paco Silvela, y siguen al pie de la letra el famoso refrán:

«A mal tiempo, buena cara.»

Es decir, que ambos *Madriles* toman las cosas tal y como se merecen. ¡A risa y bailando!

El Tiempo, diario silvelista, ha cesado en su publicación.
«Nuestros amigos están en el poder—dice el colega en su despedida;—nosotros, pues, sobramos aquí.»
El eclipse del colega será breve, porque sus amigos tardarán muy pocos días en abandonar el poder.
Porque el país, cuando pregunte a Silvela
—¿Se fué Bas?
y conteste el jefe que sí, le dirá inmediatamente:
—Pues tú te bas con él.

Convengamos en que *El Tiempo* no ha estado oportuno al cortarse la coleta.
Ahora le va a costar trabajo que le vuelva a crecer el pelo.
Y ya no le admitirán, cuando se vista la taleguilla, más que en las plazas de tercer orden.
¡Pobre Rancés, qué pelo, digo, qué coleta, vas a echar!

Con la retirada del Guerra están desesperados los empresarios taurinos.

—¡Se nos reventó el negocio!—exclaman melancólicamente.
—No hay que afligirse, caballeros—les dice MADRID CÓMICO—Yo he encontrado una solución para que tengan ustedes a Guerra en el ruedo.
—¿Cuál? ¿Cuál?
—Contratando uno cuantos soldados y haciéndoles salir en la cuadrilla con los toreros.
—¿Y qué?
—Pues que han resuelto ustedes el problema.
—¿Cómo?
—Don Juan Tenorio lo dice:

Donde hay soldados, hay GUERRA.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

¿MANDO LA FIRMA?—*Madrid*.—Sí, señor. Mándela en seguida, por que pienso publicar *Lo barato es caro* en el número próximo.

A. C.—*Madrid*.—Es usted un misántropo sin entrañas. ¡Hay que com-primirse un poco!

M. G. S.—*Iceta*.—Un fotógrafo que «transforma al ser que retrata» no cumple bien en su oficio. Será un prestidigitador de la cámara oscura, pero no un fotógrafo.

L. M. M.—*Novelda*.—Sus *Pensamientos*, tienen de todo. Bueno, lo que no es de usted, la *idea*; malo, la forma, lo único que usted ha puesto precisamente.

M. S.—*Madrid*.—¿Sirve? No, señor, y perdone la manera de señalar. UN ASPIRANTE.—*Zamora*.—¡Ladrones!

NEBRES.—*Madrid*.—¿Conque peca usted de *descaradillo*? No sea usted modesto. De lo que peca usted es de... *Mascarón de pyra*.

F. H. A.—*Madrid*.—Nada sabemos aquí de esos números suplementos.

S. P.—*Madrid*.—Los insultos se dirigen a las personas particularmente, no por conducto de la prensa. Aparte de que

*es inútil que muera
su señoría.*

J. G.—*Madrid*.—No admitimos artículos, como no sean de superior calidad y el que me remite no pasa de ser una vergonzosa medianía.

E. L. H.—*Madrid*.—Eso es una porquería, sin gracia.

UN POLLO.—Sin saliente alguno. No versifica usted mal, pero hay que decir algo.

M. M. C.—*Madrid*.

*Dejad tranquilos yacer
a los que con Dios están.*

K. K. SE-NO.—*Gijón*.—Sus malagueñas con *estrabote libre* tienen el mismo sabor que tendría un canto asturiano inventado en Málaga.

C. C. R.—*Madrid*.—Publicaré ahora mismo uno de sus cantares:

*Amor mío de mi mala
vida de mi corazón
cada vez que yo le miro
me se parte el corazón.*

Covazón y corazón, son *excesivamente* consonantes, según afirma Carulla en su Biblia famosa.

CRITO.—*Orense*.—Eso es más serio que un ajo.

JUAN VENENO.—*Madrid*.—Venga usted por la guita, cuando vea sus versos publicados, que va para rato.

P. M. T.—*Madrid*.—Admitido su *Cuento*.

ZERAÚS.—*Madrid*.

*Sus epitafios, señor,
no merecen el honor
de publicarse... ¿Mentira?
No olvide usted a Campoamor.
Todo es según el color
del cristal con que se mira.*

S. CELORRIO.—Gracias por su entusiasta felicitación. Como no fecha usted su carta, ignoro dónde he de servirle la suscripción que desea.

EL REY DE BASTOS.—*Valladolid*.—La idea es bonita, pero la forma, sin ser mala, adolece de varias incorrecciones. Rehaga *Sueño de artista* y vuelva a mandarlo.

G. L. V.—*Salamanca*.—Desde que el mundo es mundo, le está ocurriendo al mar lo que usted advierte ahora. Y muchos lo han dicho en verso como usted, pero mucho mejor.

FAUSTO.—*Madrid*.—El secreto de ese metro poético, pertenece exclusivamente a Núñez de Arce. No le imite usted, joven, no le imite usted.

E. T.—*Valladolid*.—No sirve ese *contra-refrán*. Léalo usted con detenimiento y averiguará el motivo.

I. C.—*Madrid*.—La publicamos, corrigiéndola algo.

VERLAINE.—*Madrid*.—Campoamor hizo la misma pregunta a todas las mujeres célebres de la historia, y se quedó sin saber lo que era. Figúrese usted lo que le pasará a un hombre que como usted escribe:

*A mi mente acudió un mundo de ideas
en mis venas BULLÓ ardiente la sangre.*

ALBIÓN.—*Madrid*.—¿Con qué estaba usted «pensando en nada» cuando se le ocurrió *eso*? Pues francamente, parece, leyendo sus cuartetas, que estaba usted pensando en alguna tontería.

M. S. G.—*Madrid*.—No señalé los defectos que a mi juicio, tenía su composición, porque supuse que era usted un *guasa viva*, a quien atraía el *choteo epistolar*. Se le remiten a usted los números, porque tenía usted pagada la suscripción del último trimestre.

E. A.—*Madrid*.—*Conflicto y Cristo*, no son consonantes y sucede lo contrario a *situación y protección*. ¿Ha querido usted hacer redondillas ó cuartetas asonantadas? Porque su *Cuestión difícil*, lo es verdaderamente en cuanto a la versificación.

J. P. M.—*Cartagena*.—DIFILO.—R. C. G.—S. V.—C. R.—*Madrid*.—KAN-EBRIG.—*Sevilla*.—D. G. R.—*Valladolid*.—F. B. DE B.—*Zamora*.—E. B.—*Barcelona*.—E. C.—*Oviedo*.—Señores, perdonenme ustedes, si no les contesto por separado, pero tengo ante mi vista un montón de cartas que aterra. Siento decir a ustedes que no puedo aprovechar nada de lo que me remiten.

MADRID: 1899.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas.—Sels id., 4,50.—Año, 8.

PROVINCIAS

— Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —

Anuncios españoles: Pesetas 0,25 línea.



UNIÓN POSTAL

— Un año, 15 pesetas. —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 línea.

PASTILLAS BONALD (DE GOCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

LORENZO PÉREZ

SASTRE

(ANTIGUO CORTADOR DE LA CASA MUNSURI)

Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES * LIBREAS * ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

BERNABÉ MAYOR

3, ESPARTEROS, 3

MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.

Ferretería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

PETRÓLEO GAL PARA EL PELO Echeandía, ARENAL, 2.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.